

5. HECHOS DE PABLO Y TECLA ¹²

1. ¹Cuando Pablo subió a Iconio ¹³ tras su fuga de Antioquía, se le unieron como compañeros de camino Dimas y Hermógenes ¹⁴, el herrero, llenos ambos de hipocresía, y se juntaron a Pablo fingiendo amor por él. Mas éste, que tenía ante sus ojos únicamente la bondad de Cristo ¹⁵, no les hizo nada malo ¹⁶, sino que les mostró un gran amor. ²Tanto que intentaba hacerles dulces todas las palabras del Señor, [su enseñanza y la interpretación del Evangelio] así como (lo relativo) al nacimiento y resurrección del Amado ¹⁷, y las grandezas ¹⁸ de Cristo tal como le habían sido reveladas se las iba explicando palabra por palabra, y que Cristo había nacido de María y de la semilla de David ¹⁹.

En casa de Onesíforo

2. ¹Un cierto varón llamado Onesíforo ²⁰, al oír que Pablo había de llegar a Iconio, salió al encuentro de él con sus hijos Simias y Zenón ²¹, y con su mujer Lectra, para recibirlo en su casa. Tito ²², en efecto, le había explicado cuál era la apariencia de Pablo, pues no lo había visto aún corporalmente, sino sólo en espíritu.

3. ¹Anduvo Onesíforo por el camino real que lleva a Lистра ²³ y se situó allí de pie, para esperarlo, comparando a todos los que venían con la descripción de Tito. Vio, pues, que se acercaba Pablo, hombre pequeño de estatura, calvo ²⁴, de piernas arqueadas, vigoroso, cejijunto ²⁵, de nariz un tanto sobresaliente ²⁶, (mas) lleno de gracia ²⁷. Unas veces parecía un hombre, otras tenía el rostro de un ángel ²⁸.

4. ¹Pablo ²⁹ sonrió ³⁰ al ver a Onesíforo. Éste le dijo:
—Te saludo, siervo del Dios bendito ³¹.
Aquél respondió:
—La gracia sea contigo y con tu casa ³².

Dimas y Hermógenes sintieron envidia, pero mostraron una hipocresía aún mayor, tanto que dijo Dimas:

²—¿Acaso no somos nosotros (siervos también) del Bendito, ya que no nos saludas?

Replicó Onesíforo:

—No veo en vosotros el fruto de la justicia ³³. Mas si sois realmente siervos ³⁴, venid también vosotros a mi casa y reposaos en ella.

5. ¹Cuando entró Pablo en casa de Onesíforo, se produjo una gran alegría. (La gente) se hincó de rodillas y hubo fracción ³⁵ del pan y (predicación) de la palabra de Dios sobre la continencia y la resurrección ³⁶. Decía Pablo así:

²—Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios ³⁷. Bienaventurados los que conservan pura ³⁸ su carne, ya que serán templo ³⁹ de Dios. Bienaventurados los castos ⁴⁰, porque con ellos hablará Dios. Bienaventurados los que han dicho adiós a este mundo ⁴¹, porque ellos serán agradables a Dios ⁴². Bienaventurados los que tienen mujer como si no la tuvieran ⁴³, porque ellos recibirán a Dios como herencia ⁴⁴. Bienaventurados los que tienen temor de Dios, porque serán ángeles ⁴⁵ de Él.

6. ¹—Bienaventurados los que sienten temor ⁴⁶ ante las palabras de Dios, porque ellos serán consolados ⁴⁷. Bienaventu-

rados los que han aceptado la sabiduría de Jesucristo⁴⁸, porque ellos serán llamados hijos del Altísimo⁴⁹. Bienaventurados los que han conservado el (propósito) del bautismo⁵⁰, porque ellos descansarán⁵¹ en el Padre y en el Hijo. Bienaventurados los que han comprendido la ciencia de Jesucristo⁵², porque ellos se hallarán en la luz⁵³. Bienaventurados los que por amor a Dios se han apartado de los hábitos⁵⁴ mundanos, porque ellos juzgarán a los ángeles⁵⁵ y serán glorificados en la derecha del Padre⁵⁶.
2 Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos recibirán misericordia⁵⁷, y no verán el amargo día del juicio⁵⁸. Bienaventurados los cuerpos de los vírgenes, porque ellos agradarán⁵⁹ a Dios y no perderán la recompensa⁶⁰ de su pureza⁶¹. Porque la Palabra del Padre será para ellos obra de salvación para el día de su Hijo, y tendrán descanso⁶² por los siglos de los siglos.

Tecla escucha la predicación de Pablo

7. 1 Mientras Pablo hablaba así en medio de la asamblea reunida en casa de Onesíforo, una cierta Tecla, cuya madre se llamaba Teoclía, virgen y prometida a un varón por nombre Támiris⁶³, estaba sentada muy cerca de la ventana de la casa, y es-

cuchaba noche y día⁶⁴ el discurso de Pablo sobre la pureza, la fe en Cristo y la oración⁶⁵. 2 No se movía de la ventana, sino que llena de alegría se sintió arrastrada a la fe. Además, viendo que llegaban ante Pablo muchas mujeres y vírgenes, deseaba también ella ser considerada digna de estar en presencia de Pablo⁶⁶ y oír la palabra de Cristo. Pues aún no había contemplado la figura del Apóstol, sino que había escuchado solamente su voz.

8. 1 Como no se apartaba de la ventana⁶⁷, la madre envió a buscar a Támiris. Éste vino lleno de alegría pensando que iba a tomarla ya en matrimonio. Dijo, pues, Támiris a Teoclía:

—¿Dónde está mi Tecla?⁶⁸

Respondió⁶⁹ Teoclía:

2—Tengo que contarte algo nuevo, Támiris. Pues hace tres días y tres noches que Tecla no se separa de la ventana, ni para comer ni beber⁷⁰, sino que, con la mirada fija como hacia un espectáculo agradable, está tan apegada a un extranjero que predica palabras brillantes⁷¹ y engañosas, que me extraño cómo su virginal pudor puede turbarse tan terriblemente⁷².

9. 1—Támiris: este hombre anda agitando la ciudad de Iconio y también a tu Tecla. Pues todas las mujeres y los jóvenes se acercan donde él para aprender que «se debe adorar —dice— a un solo Dios⁷³ y vivir castamente». 2 También mi hija está en la ventana pegada como una araña a sus palabras, y se halla dominada por un nuevo deseo y una terrible pasión⁷⁴. Presta

fija atención a todo lo que aquél dice y ha quedado prendida⁷⁵ la muchacha. ¡Ea!, acércate a ella y háblale, ya que es tu prometida.

10. 1 Se acercó Támiris, lleno de amor por ella y, a la vez, de temor ante su ensimismamiento⁷⁶, y le dijo:

—Tecla, prometida mía, ¿por qué estás sentada así? ¿Qué pasión te mantiene arrobada?⁷⁷ Retorna a tu Támiris y avergüénzate.

La madre le decía también semejantes palabras:

—2 Hija, ¿por qué estás ahí sentada, con la vista baja, sin responder nada, como extasiada?

Comenzaron a llorar amargamente⁷⁸, Támiris porque perdía a su mujer, Teoclía a su hija, y las sirvientas a su dueña. Había, pues, en la casa una confusión y tristeza generales, y aunque estaban así las cosas, Tecla no se movía, sino que continuaba absorta en las palabras de Pablo.

11. ¹Támiris, de un salto⁷⁹, salió a la calle y se puso a observar a los que entraban y salían donde Pablo. Vio a dos hombres⁸⁰ enzarzados en una violenta disputa y les dijo:

²—Hombres, decidme quiénes sois, y quién es ese que está con vosotros ahí dentro, seductor de las almas de jóvenes y vírgenes, que anda engañándolos para que no se casen y permanezcan como están. Os prometo daros mucho dinero si me habláis de él, puesto que soy ciudadano importante de esta villa⁸¹.

12. ¹Dimas y Hermógenes le respondieron:

—No sabemos quién es ése⁸². Pero priva a los jóvenes de las mujeres y a las muchachas de sus (posibles) maridos diciéndoles: «No habrá para vosotros resurrección si no permanecéis castos, sin manchar vuestra carne, sino conservándola pura»⁸³.

13. ¹Támiris añadió:

—Venid, hombres, a mi casa y tomad un descanso conmigo.

Y se marcharon a participar de un opulento banquete, con mucho vino y fasto, en una mesa espléndida⁸⁴. Y así les convidó a beber Támiris, el enamorado de Tecla, y que deseaba conseguirla como esposa. Durante el banquete les dijo Támiris:

²—Hombres, contadme cuál es su enseñanza para que me entere, pues no paso pocas angustias por Tecla, ya que ama tanto a ese extranjero que me veo privado del matrimonio.

14. ¹Le respondieron Dimas y Hermógenes:

—Llévale ante el gobernador Cestilio bajo la acusación de que seduce a la gente con la nueva doctrina de los cristianos. Éste lo hará perecer⁸⁵, y tú tendrás a Tecla como tu mujer. Nosotros te ilustraremos sobre esa resurrección que él dice habrá de suceder, mas ha tenido ya lugar por nuestros hijos⁸⁶. Nosotros resucitaremos si conocemos⁸⁷ al Dios verdadero.

Pablo, arrastrado al tribunal

15. ¹Támiris, tras oír estas palabras, se levantó de mañana, pleno de envidia⁸⁸ y de ira, y se dirigió a la casa de Onesíforo con magistrados, alguaciles⁸⁹ y con gente suficiente armada con garrotes⁹⁰. Dijo entonces a Pablo:

²—Has corrompido la ciudad de Iconio y a mi prometida, de modo que no quiere casarse⁹¹ conmigo. Vayamos ante el gobernador Cestilio.

Toda la muchedumbre decía:

—Quita al mago de en medio, pues ha corrompido a nuestras mujeres⁹². Y (el resto de) la gente estaba de acuerdo.

16. ¹Colocándose en pie ante el tribunal, dijo Támiris con grandes gritos:

—Procónsul: no sabemos de dónde procede este hombre⁹³, que no permite casarse a las muchachas. Que diga ante ti por qué motivo enseña tal doctrina.

Dimas y Hermógenes dijeron a Támiris:

—Di que es cristiano, y así⁹⁴ acabarás con él.

²Mas el gobernador, sin formarse aún ningún juicio⁹⁵, llamó a Pablo y le preguntó:

—¿Quién eres tú y cuál es tu enseñanza? ⁹⁶ Pues no dirigen contra ti leves acusaciones.

17. ¹Pablo levantó la voz y respondió:

—Puesto que hoy se me interroga cuál es mi enseñanza, escucha, procónsul. El Dios vivo, el Dios de la venganza, el Dios celoso⁹⁷, el Dios autosuficiente, pero que necesi-

ta⁹⁸ la salvación de los hombres, me ha enviado para arrancarlos de la perdición, de la inmundicia y de todo mortífero placer⁹⁹, para que no vuelvan a pecar. ²Por este motivo, envió Dios a su propio Hijo¹⁰⁰, a quien yo predico, y enseñó a los hombres a poner en Él su esperanza¹⁰¹. Él sólo se ha compadecido del mundo sumido en el error¹⁰², para que los hombres no sean sujetos a condenación, sino que tengan fe y temor de Dios, conocimiento de la santidad y amor a la verdad¹⁰³. Si, pues, enseñó lo que me ha sido revelado por Dios, ¿qué injusticia cometo, procónsul?

El gobernador, tras oírlo, ordenó que fuera encadenado y conducido a prisión, hasta tener tiempo para interrogarlo con más cuidado¹⁰⁴.

18. ¹Tecla, por su parte, de noche, se despojó de sus brazaletes y se los entregó al portero¹⁰⁵, y cuando abrió éste la puerta, se dirigió a la cárcel. Regaló al carcelero un espejo de plata, penetró donde estaba Pablo y, sentándose a sus pies¹⁰⁶, se puso a escuchar las grandezas de Dios¹⁰⁷. Pablo no albergaba ningún temor¹⁰⁸, sino que se conducía con la libertad de Dios, y la fe de Tecla aumentaba mientras besaba sus cadenas.

19. ¹Mientras tanto, Tecla era buscada por sus parientes y por Támara, quienes recorrían las calles pensando que estaba perdida¹⁰⁹. Pero uno de los esclavos, compañero del portero, confesó que había salido de noche. Interrogaron al portero, y éste les dijo que se había marchado donde el extranjero, a la

cárcel. Marcharon según les había sido indicado, y la encontraron allí, como encadenada por el amor¹¹⁰. Salieron de allí, arrastraron consigo a la gente¹¹¹ y contaron al gobernador lo sucedido¹¹².

Primera condena de Tecla. Prodigiosa salvación

20. ¹El gobernador ordenó traer a Pablo ante el tribunal, mas Tecla andaba rondando¹¹³ por el lugar en donde Pablo, sentado en la cárcel, le había enseñado. El gobernador ordenó que trajeran también a aquélla ante el tribunal. Tecla, gozosa y alegre, salió de allí. La muchedumbre, cuando trajeron de nuevo a Pablo, gritaba aún más fuerte:

—Es un mago. ¡Quítalo de en medio!¹¹⁴

²Mas el gobernador escuchaba con agrado a Pablo que hablaba de las obras santas de Cristo. Luego, tras haber reunido al consejo, llamó a Tecla y le dijo:

—¿Por qué no te casas con Támara, según la ley de los iconios?

Pero ella, de pie, miraba fijamente a Pablo. Como no respondía nada¹¹⁵, Teoclía, su madre, exclamó entre gritos:

—Quema a esta impía¹¹⁶; quema a esta enemiga del matrimonio en medio del teatro, para que se atemoricen todas las mujeres que reciben de este hombre enseñanza.

21. ¹El gobernador sufría terriblemente, pero, tras flagelar a Pablo, lo expulsó fuera de la ciudad¹¹⁷ y condenó a Tecla a perecer en la hoguera. Al punto se levantó el gobernador y marchó al teatro. Todo el pueblo salió a contemplar ese espectáculo ineluctable¹¹⁸.

²Como un cordero anda oteando al pastor en el desierto ¹¹⁹, así buscaba Tecla a Pablo. Mirando entre la gente, vio al Señor sentado ¹²⁰ en la figura del Apóstol ¹²¹, y dijo:

—Como si yo no fuera capaz de resistir, ha venido Pablo a contemplarme.

Y continuó mirándolo fijamente, pero él subió al cielo.

22. ¹Los jóvenes y las muchachas trajeron leña y paja para quemar a Tecla. Cuando la trajeron desnuda, el gobernador prorrumpió en lágrimas y quedó admirado de la fortaleza que había en ella. Esparcieron la leña, y los verdugos le ordenaron subir a la pira. Tecla, haciendo el signo de la cruz, se subió sobre la leña, y ellos le prendieron fuego. ²Y aunque refulgía una enorme llama, el fuego no la tocaba ¹²², pues Dios, compadecido, hizo resonar un ruido subterráneo ¹²³, y una nube, en lo alto, llena de lluvia y granizo, la cubría con su sombra. Al momento vertió todo su contenido ¹²⁴ de modo que muchos corrieron grave peligro y murieron, mientras se extinguía el fuego y se salvaba Tecla.

El ayuno de Pablo y Onesíforo

23. ¹Mientras, Pablo ayunaba con Onesíforo, su mujer y sus hijos en una tumba al aire libre, en el camino que va de Iconio a Dafne ¹²⁵. Cuando pasaron muchos días de ayuno, dijeron los muchachos a Pablo:

—Tenemos hambre.

Y no tenían con qué comprar comida, pues Onesíforo había dejado ¹²⁶ sus bienes de este mundo, y había seguido a Pablo con toda su familia. ²Pablo entonces se despojó de su manto y dijo a uno de ellos:

—Vete, hijo, véndelo ¹²⁷ y compra muchos panes y tráelos.

Cuando el muchacho estaba comprándolos, vio a Tecla ¹²⁸, su vecina, quedó estupefacto y le dijo:

—Tecla, ¿adónde vas?

Respondió:

—Busco a Pablo, después de que me he salvado del fuego.

El muchacho añadió:

—Ven, te conduciré a él, pues anda lamentándose por ti, reza y ayuna desde hace seis días.

24. ¹Cuando llegó a la tumba, Pablo estaba de rodillas y pronunciaba esta súplica:

—Padre de Cristo, que el fuego no toque ¹²⁹ a Tecla, sino ayúdala, pues es tuya.

Y ella, detrás, gritó:

—²Padre, hacedor del cielo y de la tierra ¹³⁰, Padre de tu Hijo amado Jesucristo ¹³¹, te bendigo porque me has salvado del fuego para ver a Pablo.

Se levantó Pablo, la vio y dijo:

—Dios, escrutador de los corazones ¹³², Padre de nuestro Señor Jesucristo, te bendigo porque te has apresurado a escucharme en lo que te había pedido.

25. ¹Dentro del sepulcro dominaba un gran espíritu de amor, con gran alegría de Pablo, Onesíforo y todos. Tenían cinco panes, verduras, agua <y sal> ¹³³, y estaban gozosos por las obras santas de Cristo ¹³⁴. Dijo Tecla a Pablo:

—Voy a cortarme la cabellera ¹³⁵ y te seguiré adonde vayas ¹³⁶.

Pablo respondió:

—Los tiempos son malos y tú eres hermosa... no sea que te sobrevenga una tentación¹³⁷ peor que la primera¹³⁸ y no puedas resistir, sino que desfallezcas.

²Replicó Tecla:

—Concédeme solamente el sello¹³⁹ de Cristo, y no me alcanzará ninguna tentación.

Añadió entonces Pablo:

—Ten ánimo, Tecla, y recibirás el agua¹⁴⁰.

Tecla en Antioquía. Segunda condena

26. ¹Pablo reenvió a Iconio a Onesíforo con toda su familia y, tomando a Tecla, entró en Antioquía¹⁴¹. Nada más penetrar en la ciudad, un cierto magistrado sirio¹⁴² llamado Alejandro, ciudadano importante de Antioquía, vio a Tecla, se enamoró de ella, y pretendía ablandar a Pablo con dinero y presentes. Pablo le dijo:

—No conozco a la mujer de la que hablas, pues no es mía¹⁴³.

Pero el sirio, que era poderoso¹⁴⁴, la rodeó con sus brazos en la calle. Mas ella no lo soportó, sino que andaba buscando a Pablo. Gritaba¹⁴⁵ amargamente con estas palabras:

²—No fuerces a una extranjera, no fuerces a la sierva de Dios. Soy ciudadana principal de Iconio, y por no haber querido casarme con Támiris he sido expulsada de la ciudad.

Puso sus manos sobre Alejandro, le desgarró la clámide, le arrancó la corona¹⁴⁶ de su cabeza y lo dejó en ridículo.

27. ¹Él la amaba, pero, a la vez, estaba avergonzado de lo ocurrido, por lo que la condujo ante el gobernador. Tecla confesó haber cometido esa acción¹⁴⁷, y aquél la condenó a las fieras¹⁴⁸. Pero las mujeres¹⁴⁹ quedaron horrorizadas y gritaron junto al tribunal:

—Mala sentencia; injusta sentencia.

²Tecla pidió al gobernador permanecer pura hasta su lucha contra las bestias. Cierta mujer rica, de nombre Trifena¹⁵⁰, cuya hija había muerto, la recibió en custodia y fue para ella motivo de consuelo.

28. ¹Cuando se formó el desfile de las fieras¹⁵¹, ataron a Tecla a una leona feroz¹⁵², mientras la reina Trifena la acompañaba. Pero la leona lamía los pies de Tecla, que cabalgaba sobre ella, y todo el pueblo estaba estupefacto. El motivo de su condena, inscrito sobre ella¹⁵³, rezaba: «Sacrílega». ²Mas las mujeres, acompañadas de sus hijos, gritaban de nuevo:

—Oh Dios, en esta ciudad se está ejecutando una impía sentencia¹⁵⁴.

Después del desfile, Trifena la llevó de nuevo a su casa, pues su hija Falconila, que había muerto¹⁵⁵, le había dicho en sueños: «En mi lugar tendrás a Tecla, la extranjera abandonada, para que ruegue por mí y pueda yo pasar al lugar de los justos»¹⁵⁶.

29. ¹Cuando después del desfile la recibió de nuevo Trifena, estaba ésta triste porque al día siguiente tenía que luchar Tecla contra las fieras, y, a la vez, la amaba tiernamente como a su hija Falconila. Le decía:

—Tecla, mi segunda hija, ven, ruega por mi hija para que viva por siempre, pues esto es lo que he visto en sueños.

²Y Tecla, sin perder un momento, levantó su voz y dijo:

—Dios mío, Hijo del Altísimo¹⁵⁷ que estás en los cielos, concédele, según su¹⁵⁸ voluntad, que su hija Falconila viva¹⁵⁹ por siempre¹⁶⁰.

Cuando Tecla hubo dicho esto¹⁶¹, se entristeció Trifena al pensar que semejante hermosura había de ser arrojada a las fieras.

Lucha contra las fieras. Bautizo de Tecla

30. ¹Cuando despuntó la aurora, vino Alejandro a llevarse a Tecla, pues era él quien costeara los juegos¹⁶². Le dijo:

—El gobernador está ya sentado, y la plebe está agitada por nuestra causa; dame a la que ha de pelear con las fieras, que voy a conducirla (al circo).

²Pero Trifena se puso a gritar hasta hacerlo huir. Decía:

—Un segundo duelo por Falconila se abate sobre mi casa, y no hay nadie que me preste ayuda: ni hijo, pues ha muerto, ni pariente¹⁶³, pues soy viuda. ¡Dios de mi hija Tecla, socórrela!

31. ¹El gobernador envió unos soldados para que llevaran a Tecla. Pero Trifena no la abandonó, sino que tomándola de la mano, la llevó (al circo) mientras decía:

—Yo he conducido al sepulcro a mi hija Falconila, y a ti, Tecla, te llevo a pelear contra las fieras.

²Lloró entonces Tecla amargamente¹⁶⁴ y suplicó al Señor entre gemidos:

—Señor Dios en quien creo, en el que me he refugiado¹⁶⁵, que me ha salvado del fuego, concede su recompensa¹⁶⁶ a Trifena, que se ha apiadado de tu sierva y me ha guardado pura.

32. ¹Se produjo, pues, un tumulto¹⁶⁷: rugían las fieras, vociferaba el pueblo y gritaban las mujeres que estaban sentadas juntas. La plebe decía: «Trae a la sacrílega». Las otras exclamaban: «Perezca la ciudad por esta impiedad. Aniquílanos a todas, procónsul: ¡Triste espectáculo; malvada sentencia!»

33. ¹Tecla fue arrancada de las manos de Trifena. La desnudaron, le pusieron un ceñidor, la lanzaron al estadio, y soltaron contra ella leones y osos¹⁶⁸. Una terrible leona corrió hacia ella y se acurrucó a sus pies. El grupo de las mujeres se puso a gritar desahogado. ²Pero una osa se lanzó contra Tecla, mas la leona rápidamente le salió al encuentro y la desgarró. De nuevo, un león adiestrado para atacar a los hombres y que pertenecía a Alejandro, corrió contra ella. Pero la leona se enzarzó con

él, y ambos perecieron. Las mujeres se lamentaron con más intensidad, pues había muerto la leona que defendía a Tecla.

34. ¹Lanzaron entonces a muchas fieras, mientras ella, de pie, extendía sus manos y rezaba. Cuando concluyó su plegaria, se volvió, vio una gran cavidad llena de agua y se dijo: «Ahora es el momento de recibir el baño». Y se lanzó al agua mientras decía: «En el nombre de Jesucristo ¹⁶⁹ me bautizo en mi postrer día». ²Al verla, las mujeres y la muchedumbre prorrumpieron en lágrimas y exclamaron:

—No te lances al agua.

Ante este espectáculo también el gobernador derramó lágrimas, porque las focas iban a devorar a tal hermosura. Así pues, Tecla se lanzó al agua en nombre de Jesucristo. Pero las focas, tras ver el fulgor de un relámpago ígneo, quedaron flotando, muertas. Y se extendió sobre Tecla una nube de fuego, de modo que ni las fieras podían tocarla, ni pudiera contemplarse su desnudez.

35. ¹Lanzaron otras fieras más terribles ¹⁷⁰, y las mujeres ulularon. Unas arrojaban vainas verdes, otras nardo, otras casia, otras bálsamo de modo que hubo una gran cantidad de perfumes. Todas las fieras arrojadas contra ella no la tocaron, como si fueran presa del sueño ¹⁷¹, por lo que Alejandro dijo al gobernador:

²—Tengo unos toros muy bravos, atemos a ellos a la condenada.

El gobernador, con gran tristeza, se lo permitió con estas palabras:

—Haz lo que quieras ¹⁷².

Entonces la ataron por los pies en medio de los toros y aplicaron a sus partes hierros ardientes, de modo que, conturbados al máximo, la mataran. Los animales, pues, saltaron, pero la llama, ardiendo en derredor, quemó las ataduras, como si no hubiera estado ligada ¹⁷³.

Salvación de Tecla. Conversión de Trifena

36. ¹Trifena perdió el sentido ¹⁷⁴ cuando se hallaba de pie al lado de las puertas junto a la arena, de modo que sus sirvientas gritaron:

—Ha muerto la reina ¹⁷⁵ Trifena.

El gobernador detuvo los juegos, y toda la ciudad quedó consternada. Entonces Alejandro cayó a los pies del gobernador y dijo:

²—Apiádate de mí y de la ciudad, y libera a la condenada a las fieras, no sea que perezca toda la ciudad. Pues si el César se entera de lo ocurrido, hará perecer enseguida a nosotros y a la ciudad, ya que su parienta, la reina Trifena, ha muerto junto a las puertas.

37. ¹El gobernador mandó traer a Tecla de entre las fieras y le dijo:

—¿Quién eres tú y qué tienes a tu alrededor, que ninguna fiera te ha tocado? ¹⁷⁶

Respondió Tecla:

—Soy sierva del Dios vivo ¹⁷⁷ y lo que (me protege) a mi alrededor es la fe que tengo en el Hijo de Dios ¹⁷⁸, en quien Aquel se complació ¹⁷⁹. Por Él no me ha tocado ninguna bestia, pues Él solo es la frontera de la salvación ¹⁸⁰ y el fundamento de la vida inmortal ¹⁸¹. ²Él es el refugio para quienes castiga la

tormenta, el descanso para los oprimidos¹⁸², la protección para los desesperados y, en una palabra, si alguno no cree en Él, no vivirá, sino que morirá eternamente¹⁸³.

38. ¹Al oír estas palabras, ordenó traer sus vestidos y le dijo:

—Ponte tus vestiduras.

Ella replicó:

—El que me ha vestido cuando estaba desnuda entre las fieras, ése es el que me revestirá de salvación¹⁸⁴ en el día del juicio.

²Y tomando sus vestidos, se cubrió con ellos. El gobernador dictó inmediatamente un decreto con estas palabras: «Os entrego libre a Tecla, sierva piadosa de Dios»¹⁸⁵. Todas las mujeres prorrumpieron en gritos y, como con una sola lengua, alabaron a Dios así: «Sólo hay un Dios, el que ha salvado¹⁸⁶ a Tecla», de modo que con sus voces conmovieron a toda la ciudad.

39. ¹Trifena, a quien dieron la buena noticia, salió al encuentro de Tecla con la muchedumbre, la abrazó y le dijo:

—Ahora creo que los muertos resucitan; ahora creo que mi hija vive¹⁸⁷. Entra dentro, que voy a hacerte heredera de todos mis bienes.

²Tecla entró con ella y reposó en su casa durante ocho días, enseñándole la palabra de Dios¹⁸⁸, de modo que creyó Trifena y la mayoría de sus sirvientas. Y hubo una gran alegría en la casa.

Muerte de Támiris. Tecla, predicadora. Su muerte

40. ¹Tecla echaba de menos a Pablo y le hacía buscar enviando gente a todas partes. Le indicaron que estaba en

Mira¹⁸⁹. Tomó esclavos de ambos sexos, se ciñó e hizo ajustar su túnica como si fuera una capa varonil¹⁹⁰ y se dirigió a Mira. Allí encontró a Pablo predicando la palabra de Dios¹⁹¹ y se acercó a él. ²Pablo quedó admirado al verla a ella y a la gente que con ella estaba, pensando que le sobrevenía a ella alguna otra prueba¹⁹². Mas ella, cayendo en la cuenta, le dijo:

—He recibido el bautismo, Pablo. El que colabora contigo en el Evangelio¹⁹³, me ha ayudado también en el bautismo¹⁹⁴.

41. ¹Tomó Pablo su mano, y la condujo a casa de Hermo. Allí escuchó todo lo suyo, de modo que se admiró muchísimo, y los oyentes se fortalecieron¹⁹⁵ y rogaron por Trifena. Se levantó Tecla y dijo a Pablo:

—Me marchó a Iconio.

Pablo respondió:

—Vete y enseña la palabra de Dios¹⁹⁶.

Trifena había regalado a Tecla muchos vestidos y oro, por lo que ésta pudo dejar a Pablo suficiente para el servicio de los pobres¹⁹⁷.

42. ¹Tecla, pues, se marchó a Iconio. Allí entró en casa de Onesíforo, y se postró en el suelo¹⁹⁸ donde Pablo se había sen-

tado y enseñado la palabra de Dios. Prorrumpió en lágrimas y dijo:

—Oh Dios mío y de esta casa en la que brilló para mí la luz, Jesucristo, Hijo de Dios, mi ayuda en la cárcel, mi ayuda con los gobernantes, entre el fuego y las fieras, Tú eres Dios, y a ti la gloria por los siglos, amén.

43. ¹Allí encontró a Támara muerto, pero a su madre aún con vida. La mandó llamar y le dijo:

—Madre Teoclía, ¿puedes creer que el Señor vive en los cielos? ¹⁹⁹ Pues si deseas riquezas ²⁰⁰, el Señor te las dará por mi medio; si quieres una hija, aquí estoy yo ²⁰¹.

Dando así testimonio, partió para Seleucia ²⁰², y tras haber iluminado a muchos con la palabra de Dios, se durmió con un bello sueño ²⁰³.